

pañá: fuéronle cercando poco á poco y con tanta perseverancia, que se vió en fin como sitiado en su campo (1524). Precísado á abandonarle por temor del hambre, despues de algunas marchas ocultas que le salieron muy bien, alcanzaron en fin los confederados la retaguardia donde se hallaba, y habiéndole pasado el brazo una bala de fusil en la primera descarga, entregó el mando del ejército al caballero Bayardo, como al oficial mas digno en su concepto.

Pedro de Terrail, tan famoso bajo el nombre del caballero Bayardo, llamado así por una posesion perteneciente á su familia, se educó en las armas desde la edad de diez y siete años, y murió colmado de gloria á los cuarenta y ocho. Si la corte no le confirió nunca las funciones de general en jefe, no debe atribuirse mas que al carácter de este hombre grande, todo ocupado en merecer los honores sin solicitarlos nunca. En los mandos particulares que se le confiaron, mostró constantemente una intrepidez, una firmeza de valor, una sabiduría y superioridad de talento que elevaron á este ilustre subalterno sobre los gefes mas condecorados. Su noble franqueza, su conocida probidad, su liberalidad, tanta bondad de corazón que se olvidaba á sí mismo para hacer bien á todos, oficiales y soldados, amigos y enemigos, realzaron el esplendor de su gloria consagrada eternamente en la memoria de los franceses, aun de los menos dignos de sus padres. Aunque este caballero irreprensible no fué un cristiano sin defectos, y aunque tuvo algunas flaquezas demasiado comunes á las gentes de su clase, se preservó de la mayor parte de sus vicios, é hizo admirar constantemente en su persona unas virtudes verdaderamente cristianas.

Nunca juró, no obstante lo acreditada que anduvo en su tiempo la costumbre contraria, ni consintió que se jurase en su presencia. Sobre este artículo parecia olvidar

la dulzura de sus costumbres y la amenidad de su natural que le hacia ser buscado de todos. Habiendo oido un dia á dos pages que estaban profanando el nombre de Dios, les dió una reprension tan fuerte, que otro oficial le dijo que era una cosa de poco momento para tanta severidad. «¿Cómo decis ser poca cosa? replicó Bayardo. No es sino muy grande el tener semejante vicio en tal edad (1).»

Respetaba profundamente todo lo que concernia á la Religión. Impedia con todo su poder que se profanasen las iglesias ó se insultase á los clérigos y religiosos. Al comenzar una expedicion no dejaba jamás de implorar el auxilio del cielo: despues de la victoria, ó se ponía de rodillas en el campo de batalla, ó iba inmediatamente á la iglesia para dar gracias á Dios. En el mismo ardor del combate exhortaba á los enemigos heridos á que se doliesen de sus culpas antes de espirar. Despues de un fuerte y peligroso combate contra un caballero español, llamado Alfonso de Sotomayor, á quien derribó en fin de una lanzada: «señor, le dijo en el mismo instante, implorad la gracia de vuestro Dios, vuestro Criador y Redentor, y pedid misericordia de vuestros pecados (2).» Su religion y su bondad de alma se señalaban principalmente para con los pobres, pero sin ostentacion alguna, y aun muchas veces mudando de trage para no ser conocido cuando hacia sus mayores limosnas. Usaba principalmente de este piadoso artificio y de toda la estension de su generosidad en favor de aquellos á quienes un nombre ilustre y la miseria ignorada hacian mas sensible la vergüenza de la indigencia.

Hasta en sus extravíos hizo algunos de aquellos actos heróicos de caridad, que atraen mas poderosamente la gracia de la conversion y que son los presagios de una

(1) Vie de Bayard, fol. 71 et seq.

(2) Vie de Bayard, p. 393 et seq.

buena muerte. En un momento de debilidad, uno de aquellos viles domésticos que solo están atentos á lisongear y servir á las pasiones de sus amos, le llevó una jóven muy bella y hasta entonces muy virtuosa. Una madre desesperada era la que la entregaba con violencia á este comercio infame, á fin de subvenir á los excesos de la miseria que habian apurado su constancia. Cuando esta victima desgraciada se vió sola con Bayardo, le hizo conocer por un diluvio de lágrimas su infelicidad y su virtud, conjurándole á que no la obligase á cometer un crimen que aborrecia. Inmediatamente el buen caballero, casi saltándosele tambien las lágrimas, la dijo: «no temais, no soy tan perverso que pretenda arrancaros una virtud que tanto apreciáis;» y al punto la mandó conducir á casa de una señora parienta suya para que pasase allí la noche, despues de haberla dado una capa para que no la reconociesen en el camino. Al dia siguiente hizo llamar á la madre, y la reprendió su conducta; y queriendo luego precaver la reincidencia, la preguntó qué dote bastaria para casar su hija. Respondióle que se necesitaban para esto seiscientos florines y que todo su caudal no llegaba á la mitad de esta suma. Bayardo, sacando una bolsa, la dió trescientos escudos diciéndola: «ahí teneis doscientos escudos para la dote, que valen seiscientos florines y aun mas. El resto servirá para vestir á la novia.» Hizo ademas otra limosna de cien escudos para las necesidades de la madre; y cuidó con tanto esmero de la ejecucion de estas disposiciones, que el matrimonio se celebró al cabo de tres dias.

Tocaba ya este héroe cristiano el momento de recibir la recompensa de tantas buenas obras, que solo podian ser fruto de la gracia, cuando Bonniwet le confirió el honor de mandar ó mas bien de sacrificarse con gloria por la defensa de la patria. Ba-

yardo le dijo con su franqueza ordinaria, que el mal le parecia irremediable, que iba, sin embargo, á responder del mejor modo posible á su estimacion, y á justificarla, en caso necesario, á espensas de su propia vida. Sostuvo con mucha firmeza los esfuerzos del enemigo y aun le rechazó tan vivamente que Bonniwet tuvo tiempo de volver á ganar la vanguardia del ejército francés y de sustraerse del resentimiento del condestable de Borbon, su enemigo personal, en cuyas manos temia caer. Resuelto, en fin, el intrépido Bayardo á salvar el ejército ó á perecer con él, fué herido de muerte de un tiro de arcabuz, que le rompió las vértebras, pero despues de haber reanimado el valor de los franceses, los cuales se retiraron en buen orden, y ganaron las fronteras del reino, perdiendo, no obstante, sus equipages y artilleria; lo que miraron como muy poca cosa en comparacion de la pérdida del caballero sin miedo y sin tacha, que así le llamaban.

Al sentirse herido de muerte, clamó al Salvador de los hombres, y tomando la guarnicion de la espada para representarse la cruz, la besó devotamente recitando algunos versos del *Miserere*. Viéndose poco despues en estado de no poder tenerse mas á caballo, se hizo bajar por su escudero, se sentó en tierra reclinado contra un árbol y el rostro vuelto al enemigo. Rodeábanle todavia muchos oficiales que no querian dejarle; pero él los instó á que se preservasen para bien de la patria y no aumentasen la ventaja del enemigo dejándose hacer prisioneros. Quedó solamente su escudero para asistirle, con quien se confesó á fin de suplir con la humildad la gracia del sacramento que no podia recibir. Derramando este jóven lágrimas cerca de un amo tan justamente amado, se olvidó el héroe de sí mismo para consolarle, diciéndole: «Dios tiene á bien abreviar el curso de mis dias, y no me



apeno por ello. Todo mi dolor consiste en no haber vivido tan bien como debia. Siempre proponia enmendarme; y pues es necesario morir, suplico á mi Criador que use de su clemencia, y espero que no me juzgará con el rigor de su justicia (1).  
 Entretanto los imperiales que perseguían al ejército francés, llegaron al sitio donde estaba Bayardo, y en lugar de tratarle como enemigo, le dieron todas las pruebas de afecto que podría haber recibido de los franceses. La mayor parte de los gefes quisieron verle y le bañaron con sus lágrimas. El marqués de Pescara sobre todos se compadecía de este distinguido capitán, y no hallaba expresiones bastante fuertes para ensalzar su valor y todo su mérito. Hizole disponer una tienda y una cama en el campo en que se hallaba, y de donde su extrema debilidad no permitió removerle. Durante las cuatro horas que vivió todavía, hizo con él cuanto podía haber esperado del mejor de sus amigos. El condestable de Borbon vino tambien á darle pruebas de su sensibilidad, junto con las señales mas expresivas de su ternura, y se esforzó en alentar sus esperanzas, ofreciéndole los mas hábiles cirujanos. Ya no es tiempo, le respondió Bayardo, de acudir á las medicinas del cuerpo, sino á las del alma: conozco que ya no hay remedio, y que es preciso morir; pero bendigo á Dios por la gracia que me ha dispensado de reconocerte al fin de mi vida y de detestar mis pecados. Muero con gusto y no me causa pesar alguno perder la vida, puesto que me es imposible continuar los servicios al rey mi soberano, y que me es forzoso abandonarle en sus mas crueles angustias. ¡Ojalá que despues de mi muerte haya quien le sirva como yo quisiera! Continuando el condestable en compadecerle, y diciéndole que le

(1) 2. Vie, p. 385.

tenia mucha lástima, señor, replicó, yo no soy un objeto de lástima, pues muero como hombre de bien; pero tengo lástima de vos, que llevais las armas contra vuestro soberano, contra vuestra patria y contra vuestro juramento; y cortando la palabra dijo: «dejadme, os ruego, implorar á mi Redentor y llorar mis pecados, pues se acerca el instante de entregarle mi espíritu (1).»  
 Vivió, sin embargo, todavía lo bastante para confesarse con un sacerdote. Concluida la confesion, siempre penetrado de sentimientos de compuncion y de fe vivas, mi Criador, dijo, que me admitisteis de pura gracia en el número de los cristianos; y que enviasteis á vuestro Hijo para tomar carne humana en el seno virginal; sufrir muerte y Pasion, y resucitar y subir á los cielos; por esta saludable Pasion os suplico é imploro que tengais piedad de mí y me perdonéis mis innumerables pecados, de los que me arrepiento con todo mi corazón. ¡Ay de mí! Dios mio, Criador y Redentor, reconozco que aun quando estuviese en el desierto mil años á pan y agua, todavía no mereceria el perdón. Pero habeis asegurado al que de corazón vuelve á vos, que estais siempre pronto á recibirlo. Padre mio y Salvador mio, estoy seguro de que vuestra misericordia es mas grande que todos los pecados del mundo. Por tanto, Señor, en vuestras manos encomiendo mi alma. Profiriendo estas palabras exhaló el último suspiro. Los enemigos recogieron su cadáver, le entregaron á los franceses y cuidaron de hacerle llevar al Delfinado, su patria, despues de haberle embalsamado. Causó este suceso un dolor general en aquella provincia, donde todos los gremios y corporaciones, así seculares como eclesiásticas, asistieron á los funerales. Celebróse el oficio en la catedral de

(1) Mem. Du-Bellai, p. 39.

Grenoble; y el entierro se hizo á media legua de la ciudad en el convento de los mínimos, fundado por el obispo Lorenzo de Aleman, tio materno de Bayardo (1524).  
 La muerte de este héroe quitó todos los obstáculos que se oponian á los progresos de los enemigos del reino. Habiendo el ejército francés repasado los montes, los imperiales, conducidos por el condestable, poco conmovido de las reprensiones de Bayardo en sus últimos momentos, siguieron sus pasos, penetraron al interior de la Provenza y pusieron sitio á Marsella. El condestable se había aconsejado de hallar allí poca resistencia; pero despues de cuarenta dias de abierta la trinchera, que dieron tiempo á que llegase el rey con un ejército de soborro, se vió obligado á levantar el sitio y volver á Italia para oír allí este pasquin romano: Borbon, que antes fué príncipe francés, se ha hecho esclavo alemán para ir á Provenza á hacer una batalla española. El valor immoderado de Francisco I aspiró desgraciadamente á mayores triunfos. Persiguió á los imperiales en Lombardia, volvió á tomar sin dificultad la ciudad de Milan, trasformada en un vasto cementerio despues de la horrible mortandad que en dos meses habia arrebatado mas de cincuenta mil personas; y engañado, tanto por la grandeza de sus proyectos algo caballerescos, como por la fuerza de su ejército compuesto de mas de cuarenta mil hombres de á pie y de la caballería mas brillante que en mucho tiempo habia equipado la Francia, envió una parte de él á la conquista del reino de Nápoles y con el resto fué á formar el sitio de Pavia. Lo que influyó bastante á empeñarle en esta empresa fatal, fué un tratado negociado muy secretamente entre él y el Papa Clemente VII, el cual habia escitado á Francisco I á la conquista de Nápoles, advirtiéndole que este reino se hallaba desprovisto de tropas. Oblis-

gábase al mismo tiempo á dar paso por los Estados de la Iglesia á las tropas francesas, á suministrarles víveres, y á no prestar en adelante socorro alguno á los imperiales. El rey por su parte ofreció proteger á la Santa Sede, á la casa de Médicis y á todo el Estado de Florencia. Veremos en lo sucesivo á qué extremo llegó el resentimiento de Carlos V contra Clemente VII. Las desgracias de Francisco I acabaron mas en breve, y la misma Pavia fué su teatro.

En la batalla dada (1525) en aquellos campos funestos fué donde la Francia recibió una de las afrentas mas sangrientas de cuantas habia sufrido desde el origen de la monarquía, la mas antigua de la cristiandad. La artillería francesa, que barria batallones enteros, vino á ser inútil, á causa del valor precipitado del rey, que acometiendo los puso á cubierto de los cañones. Los auxiliares, ó por mejor decir, los mercenarios, muy numerosos para ser contenidos, se desbandaron cobardemente: el nervio de la infantería francesa, las bandas negras, tan justamente famosas, á pesar de su inmovilidad, solo pudieron lograr con su constancia dejarse hacer pedazos; Francisco de Lorena, el duque de Suffolk, de Aubigni, Chabanes, la Palice, la Tremouille, Bonivet, que no fué compadecido de nadie, la mas floreciente nobleza del reino, quedaron de tal modo sepultados bajo el cúmulo inmenso de cadáveres, que con dificultad pudieron discernir á algunos para darles distinguida sepultura. El número de prisioneros, no menos ilustres, que hicieron luego los imperiales, fué todavía mucho mas considerable. Resultó el rey á perderlo todo menos el honor, cayó de su caballo, que le mataron, y continuando en pelear, menos como rey que como soldado, fué cogido con sable en mano. Mas conservando en este estado toda la energía de su valor, y lleno de indignacion á la sola vista del condestable que



se presentó para recibirle prisionero, protestó que quería mejor morir que entregar su espada á un traidor. Entrégola después al marqués de Lanais, virey de Nápoles, el cual la recibió de rodillas, y le dió inmediatamente la suya besándole la mano, y rindiendo homenaje con delicada elocuencia, tanto á su valor como á su magestad. Francisco fué trasladado poco después á Madrid, para renovar allí el espectáculo que el rey Juan había dado en Londres casi dos siglos antes (1525). En la batalla de Pavia. Lo que interesaba á Clemente VII en los movimientos de la Italia era la grandeza de la casa de Médicis, la que podía esperar mucho más del candor generoso de Francisco I, que de la política circunspecta de Carlos V (1). Clemente era hijo póstumo de Julian de Médicis, asesinado en la conjuración de los Pazzis, y de una joven llamada Floresta, esposa equívoca, cuya circunstancia le hizo pasar por hijo natural, hasta que León IX, su primo, le declaró legítimo, en fuerza de las pruebas, ó por lo menos presunciones plausibles de un matrimonio secreto entre el padre y la madre. Al principio abrazó la orden de los caballeros de Rhodas, á quienes amó y protegió siempre; pero León IX, inmediatamente después de su elección, le hizo abrazar el estado eclesiástico, le nombró para el arzobispado de Florencia el día mismo de su coronación, y algunos meses después le creó cardenal y cancelario de la Iglesia romana. Tenía unas inclinaciones pacíficas, y al principio se aplicó sinceramente á restablecer la concordia y la buena inteligencia entre los príncipes cristianos, á fin de confederarlos más adelante contra los enemigos de la Religión. Si hizo alianza con el rey de Francia fué después de haber apurado inútilmente sus esfuerzos para inclinar al emperador á reconciliarse con aquel monarca. Pero si los principios de su pontificado fueron pacíficos, el curso fué tan borrascoso, que la Iglesia, desde su origen, no sufrió jamás, bajo el reinado de un solo Papa, tantas pérdidas, tantos escándalos, tantas revoluciones y catástrofes como en tiempos de este.

El primer año de su exaltación, en que los alemanes debían tener una dieta en Nuremberg, intentó curar el espíritu enfermo de esta nación, la cual agitada por las fermentaciones del cisma y de la heregia, hizo llegar á Roma, bajo el reinado precedente, hasta cien capítulos de quejas contra los desórdenes y supuestas vejaciones del gobierno gerárquico. Cometi6 esta legación al cardenal Campegio, el más hábil del colegio cardenalicio para el manejo de los negocios, y por otra parte sumamente recomendable por su doctrina y virtud, y por todas las cualidades propias á conseguir un buen éxito, si el mal hubiese sido capaz de remedio. Campegio se trasladó en pocos días á Nuremberg (1524): todos los príncipes, con el archiduque Fernando que los presidia en ausencia del emperador, salieron al encuentro del legado fuera de la ciudad, aunque no tanto con la mira de honrar su mérito, como por el temor de exponer su dignidad, si la ostentaba, haciendo su entrada en medio de un pueblo casi todo luterano. Entró, pues, con sus vestidos de camino, sin cruz y sin clero. El éxito fué el que podía colegirse de este preludio. A pesar de toda su habilidad y de muchos discursos llenos de elocuencia, ni aun tuvo autoridad para hacer justicia de algunos clérigos, los cuales, según el nuevo evangelio, se habían casado públicamente en la diócesis de Strasburgo, y que perseguidos por el obispo habían recurrido á la dieta. Todo el resultado de las deliberaciones fué un decreto que contenía que el Papa, con

(1) *Idem* de 3, p. 445. *Idem* de 1, p. 103.

consentimiento del emperador, convocaría en cuanto antes un concilio libre en Alemania, y que después de que cada uno de los príncipes hubiese hecho examinar en sus Estados la doctrina de Lutero, se juntarían de nuevo en Spira, para establecer lo que debía practicarse, hasta la decisión del concilio. Añadieron, sin embargo, que todos los libelos infamatorios publicados contra la corte de Roma serian suprimidos, del mismo modo que las pinturas e imágenes dirigidas á hacer escarnio del Papa y de los obispos.

No se hizo jamás un edicto que tuviese más contradictores. El legado que opuso todos sus esfuerzos para impedirle, fué á Ratisbona á tener una nueva asamblea, la cual dispuso, aunque también en vano, la ejecución del decreto contrario, publicado anteriormente en Worms. Luego que el Papa tuvo noticia del de Nuremberg, se quejó de él altamente y con amargura; y el emperador, que le recibió en el centro de España, le miró con tanto más enojo, cuanto entonces los negocios de Italia se hallaban en términos que exigían se guardase la mayor consideración al Papa. Calificó de atentado la osadía con que habían reducido á la supresión de los libelos y de las pinturas injuriosas la prohibición general, que se había hecho ya en su edicto de Worms, de leer y de guardar las obras de Lutero: prohibió celebrar la asamblea de los Estados convocados en Spira, y amenazó con el destierro del imperio á cualquiera que asistiese á ella, aun por medio de procurador. El mismo Lutero quedó muy descontento con el edicto de Nuremberg, no obstante que le era tan favorable; porque se espresó en él, aunque simplemente y por ceremonia, que los príncipes harían observar el edicto de Worms en cuanto se pudiese. Estas últimas palabras, que casi aniquilaban la obligación que las primeras parecían imponer, dejaban un

curso muy libre á los progresos de la heregia; mas la sola apariencia de oposición ofendía ya el orgullo del herejareal. Publicó un libro sangriento contra los príncipes que le habían suscrito, y los puso en contradicción consigo mismos; epítesis el edicto de Worms, decía, que me condena como hereje debe ser observado, y por qué al de Nuremberg mandó examinar si lo que enseñan mis libros es bueno ó malo? Y si se manda hacer ese exámen, ¿por qué quieren se me condenen? Era difícil en defecto responder á este dilema; y tal es siempre el fruto de la falsa política observada con los sectarios.

Oecolampadio publicó en el mismo tiempo su tratado sobre estas palabras sacramentales: *Este es mi Cuerpo*, en el que aniquila el misterio adorable de nuestros altares, y le reduce, con Zuínglio, á una figura sin otro objeto que el que allí quiera colocar la fe. Oecolampadio, sin embargo, mucho más científico y moderado que Zuínglio, fué quien hizo la infeliz fortuna de la secta de los sacramentarios; así como Melancton, su amigo particular y su fiel retrato, hizo la del luteranismo (1). Pero su caída es todavía más espantosa que la de Melancton. Penetrado desde sus tiernos años de una piedad tan ilustrada como afectuosa, Oecolampadio, al pie de un Crucifijo, donde no interrumpía su oración, escribía á Erasmo (2) en el año 1517 cosas tan tiernas y al mismo tiempo tan bien dichas, sobre las dulzuras inefables de sus coloquios con Jesucristo, que no se pueden leer sin sentirse todavía penetrado de los mismos sentimientos. Tres años después, con mucha firmeza y reflexión, se hizo religioso de Santa Brígida en el monasterio de San Lorenzo, cerca de Augsburgo. Allí perseveró mucho tiempo íntimamente aficionado al estado que

(1) Bossuet, *Hist. de las Var.*, t. 2, n. 24.

(2) Erasmo, *Epist.* l. 7, 13 *passim*.